



Niebla densa, cerrada.

El tipo en el centro de la niebla, sentado a una mesa enorme. Invisible. Nada alrededor, ni a un paso, ni a cien, sin que se distingan las copas de los árboles cercanos. No hay cielo. Masa homogénea semioscura, quieta. Es todavía de noche, raya el alba; hace frío. Últimos días del invierno.

El tipo sentado se imagina yendo hacia él. Abriéndose paso en la niebla, hendiéndola con un caminar de simio grande, de borceguíes pesados. Avanza desde el monte reconcentrado, maldito, dientes apretados. O es otro el que se acerca —y no él mismo— sigiloso, yendo en su búsqueda, un tercero. Él mismo u otro yendo hacia sí. Para provocarlo, para buscar pelea con pocas palabras. Para buscar revancha. No es importante. Nada tiene sustancia, piensa que se dice sentado a la mesa o lo piensa el otro yo desdoblado. Permanece rígido. Se imagina el avance en la niebla

desde el monte lindante, emanada del campo escarchado, napas de distinta densidad.

Todavía no amanece. Alguien que camina en la oscuridad del monte, entre árboles espesos, sin linterna, quizá armado.

Oscuridad y piso duro. Humedad fría, olor acre de los pastizales, rumor del arroyo ahí nomás del rancho. Si alguien avanza, esa forma tropieza contra suelo irregular, enredándose en ramas. En la niebla va, en la nada. En la niebla que no resplandece porque no hay luz.

Amenaza el alba y con ella, formas. Luego un fondo voluminoso, una masa mayor. Alguien avanza hacia él, que está sentado, rígido, a la mesa cuya tapa es una gran lápida de mármol blanco amarillento, sobre patas curvas de roble. El tipo lo rumia así mientras pasan los minutos y una luz tenue intenta dar un primer contorno al mundo, todavía no a un horizonte. Comienzan a hacerse más nítidas las líneas que separan las napas de niebla. Troncos, monte, claros, ramas, formas globosas, espinas, nidos, telarañas que tiemblan. La masa sombría al fondo, pasando el claro grande que entorna la casa de material, o rancho, no son cerros. Son las copas de los árboles, monte que se va cerrando sobre la orilla del río.

Más cerca. Un hombre rígido ante una mesa enorme; una enorme mesa de mármol. Cosas, formas, volúmenes.

Una higuera reseca inmensa, varias veces retorcida sobre sí misma. Las ramas viejas cayendo, haciendo de bóveda.

Para cuando canta el primer pájaro olvida lo que imaginaba. Si el que avanzaba hacia él —él mismo u otro— cargaba un machete o un 38. Olvida —amanece— que estaba pensando, sin mayor peso ni densidad, que esperaba desde la eternidad lo que fuera a pasar por haberse mandado tantas cagadas. Porque la cagó mal. Muy mal la cagó.

Siete y pico de la mañana. El amanecer tristísimo del invierno con niebla sobre tierra endurecida y pastizal blanco, cuando se necesitan eternidades para que tranquilice un horizonte.

El tipo —solo una campera sobre un pulóver deshecho de lana gruesa, puesto directamente sobre la piel— sigue rígido o congelado, alerta, las alpargatas de yute sobre la escarcha, dos pares de medias enrollados sobre el pantalón bombacha, comiendo un bizcocho de grasa tras otro; la otra mano crispada sobre el mate, la pava cerca.

Cuando vacía la bolsa de papel engrasado, se pone de pie. Patea el piso para sacarse el frío y desentumecer las piernas. Entra al rancho de material con la bolsa de papel vacía y el mate. Sale con la pava de agua hirviendo y se sube el cierre de la campera. Es un hombre alto, medianamente fornido, de barba entrecana mal llevada. Se ajusta

un gorro de lana. Va hasta la furgoneta. Echa el chorro de agua caliente sobre el parabrisas para derretir el hielo. Repite la operación con la luneta. Pone en marcha el motor, el cebador abierto. Lo deja calentar diez, quince minutos. Sale un humo ferroso del caño de escape, recubierto de barro seco, atado con alambres.

Escupe humo y aceite el caño de escape bajo el alero precario del galpón. De las vigas cuelgan ganchos, tientos, cadenas, lámparas de ferrocarril, paraguas en desuso, cuerdas, aperos, salamines, el caparazón de una mulita, una pata de cordero, cueros de oveja. Más allá, un jaulón con gallinas y otro con tres conejos.

Otra forma cobra vida bajo la mesa enorme. Es un cordero de pocos días atado con una soga que va de una pata de la mesa a una pata del cordero.

El tipo vuelve al rancho. Sale con un biberón con leche tibia. Se acerca a la mesa. Tira de la soga. Le acerca el biberón. El cordero no aprende a tomar. Se lo mete en la boca de prepo. El cordero alcanza a lamerlo apenas, sin succionar. Entonces se lo quita. El cordero bala. El tipo amaga con darle el biberón y lo aleja. Amaga y lo aleja. El cordero vuelve a balar. El tipo le dice al cordero callate, la concha de tu hermana, y tira fuerte de la soga. La madre oveja llama de lejos, desde algún punto en la niebla que no se deshace.

El tipo se reitera con la madre oveja fuera de cuadro: callate, la concha de tu hermana. Tira fuerte otra vez. El cordero queda despatarrado, sin coraje para ponerse de pie.

Queda con el biberón en la mano. Amanece, la niebla comienza a levantar apenas. El tipo abismado, ahora con la vista perdida en un hormiguero. El verano pasado el hormiguero creció, se infló al calor de un viejo chapón que perteneció a un tanque australiano, el chapón apoyado contra alambrado caído.

Deja al cordero atado. Sube a la furgoneta que carraspea. Pone primera, arranca, se va por el camino de tierra. La oveja sigue llamando.

* * *